

terior de la II República. El libro tiene dos partes que permiten seguir como una línea recta el derrumbe del sistema democrático desde fines de 1935 hasta el golpe de Estado de 1936. Manuel Azaña le encar-

tonces estaba claro que para algunos la revolución democrática era una etapa agotada". El extremismo de buena parte de la izquierda, incluida la facción Largo Caballero en un

Trabajar y hacer la revolución

A PESAR DEL CLIMA REVOLUCIONARIO,
MUCHOS OBREROS RESISTIERON LA DISCIPLINA FABRIL
EN LA BARCELONA DE 1936

**LOS OBREROS
CONTRA EL TRABAJO.
BARCELONA Y PARÍS
BAJO EL FRENTE
POPULAR**

MICHAEL SEIDMAN,

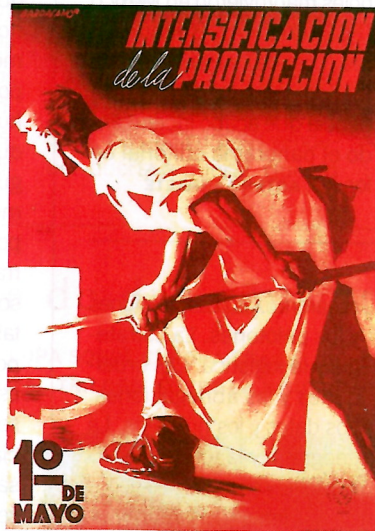
LOGROÑO, PEPITAS DE

CALABAZA, 2014,

541 PÁGS., 26 €

Michael Seidman es conocido en España por sus libros *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil* y *La victoria nacional: la eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, dos aportaciones interesantes sobre el conflic-

to de 1936-1939. La editorial riojana Pepitas de Calabaza traduce ahora una obra anterior (de 1981) de este historiador norteamericano en la que estudia de manera comparada la actitud ante el trabajo de los obreros españoles y franceses en la etapa del Frente Popular. La fase revolucionaria abierta en Barcelona en julio de 1936 resulta distinta de la reformista parisina de la misma época. Acaso la gran coincidencia se encuentre en las resistencias al trabajo.



Cartel republicano de 1937 instando a TRABAJAR MÁS durante la Guerra Civil.

Este estudio cuestiona la imagen algo idílica que la historiografía ha creado del proceso revolucionario de 1936 en Barcelona, mostrando que, al lado de los militantes sindicales, muchos obreros se siguieron resistiendo al trabajo. Aunque ya no organizaran huelgas a fin de evitar acusaciones de contrarrevolucio-



la amargura del exilio. El regreso de Martínez Barrio fue trasladado a Sevilla desde París 38 años después, cuando la democracia en España era ya una realidad y no una frustración. **JUAN PABLO COLMENAREJO**

narios, sí exigieron más paga, sabotearon la producción, rechazaron la disciplina fabril y se negaron a participar en la gestión del lugar de trabajo. Los nuevos dirigentes, a diferencia de lo que prometían en sus sueños revolucionarios, tuvieron que aplicar técnicas coactivas, mantener diferencias salariales y ofrecer incentivos, reimplantar el destajo, despedir por poco rendimiento e, incluso, amenazar con los campos de trabajo para "ociosos", ideados por García Oliver. A finales de julio e inicios de agosto de 1936 se hicieron, desde la prensa y la radio controladas por los anarcosindicalistas, llamamientos para que el trabajo fuera reanudado tras el estallido de la revolución. Un libro polémico y apasionante. **JORDI CANAL**